

¿Qué pasa cuando la Historia alcanza al historiador?

El regreso de “Lorenzo”, el primo de mi mamá

FEDERICO GUILLERMO LORENZ¹

En memoria de Hugo Luis Onofri,
“Lorenzo”, combatiente montonero
desaparecido el 20 de octubre de 1976.

Uno puede escoger sus antepasados
más remotos. Y aun a veces se presen-
tan en forma imprevista.
Augusto Monterroso, *Los buscadores
de oro*.

... Mírelos. Casi todos tienen un
pariente muerto. El pariente más jo-
ven, el loco de la familia. Se consuelan
unos a otros como si se los hubiera
matado la epidemia.
—¿Y usted qué hacía cuando la epidemia?
—¿Yo? Lo mismo que ellos. Ver, oír
y callarme la boca.
Osvaldo Soriano, *Cuarteles de Invierno*.

La tradición de todas las generacio-
nes muertas oprime como una pesadi-
lla el cerebro de los vivos.
Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis
Bonaparte*.

¹ Agradezco las lecturas a versiones iniciales hechas por Silvina Jensen, Roberto Pittaluga, Darío Olmo, Elizabeth Jelin y Susana Kaufman.

Introducción

¿Qué sucede cuando la Historia alcanza al historiador? ¿Qué pasa cuando la pérdida, acaso la demanda de venganza, el estupor, son propios, y no los de un entrevistado? ¿Cuáles son las tensiones que estas emociones plantean a nuestro rol como “profesionales”? ¿Qué sucede cuando el pasado ya no es un “país extraño”, sino el lugar que uno habita?

Durante casi cuatro años entrevisté a cerca de cien afectados por el terrorismo de Estado, y he investigado acerca de la historia reciente argentina por más de una década.² Pero sólo a fines de 2002 enfrenté un dato de mi propia historia: mi madre tiene un primo desaparecido. Lo descubrí en la prensa, en un recordatorio, un domingo por la mañana. Pero en realidad, *recordé que ya lo sabía*: se trataba de un dato de la historia familiar que yo no desconocía, pero con el que había convivido mecánicamente durante años, aún a pesar de mi interés como historiador en la historia de la represión. En un primer momento sentí asombro y vergüenza frente a un proceso que había analizado socialmente, pero no en el espacio familiar. E inicié una búsqueda de respuestas movido por esos primeros sentimientos.

La Historia reclama su lugar

El domingo 20 de octubre de 2002, recorriendo los recordatorios de desaparecidos que habitualmente publica *Página 12*, me encontré con este:

Hugo Luis Onofri. Desaparecido 20-10-76. Nos gustaría verte sonreír una vez más. Nuestro compromiso sigue siendo exigir justicia y mantener viva tu memoria. Tus hijos Luis Guillermo y María Lucía y tu compañera Ana.

Mis preocupaciones temáticas e ideológicas, mi compromiso como historiador y profesor me vinculan hace tiempo al “tema de los derechos humanos” y al “terrorismo de Estado”. Una de mis constantes inquietudes,

² Las entrevistas forman parte del Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta.

en tanto criado en una familia de “no afectados” durante la dictadura militar (tengo actualmente 34 años), había sido la de saber por qué me interesaban estos temas. Me refiero al intento por superar las explicaciones políticas o meramente culturales (“contextuales”, acaso) e incorporar la variable subjetiva a la hora de explicar una orientación profesional. Me parecía –me parece– importante analizar la incidencia de la subjetividad en la toma de decisiones políticas o científicas, o tal vez científico-políticas.

A partir de este aviso –nada “novedoso” para mí, en tanto aparecen decenas por mes, que archivo prolijamente como insumo para mi trabajo– esas preguntas generales se transformaron en un objeto analítico devenido en cuestión existencial.

Porque “Hugo Luis Onofri” era primo hermano de mi mamá, y sólo hace muy pocos años (en 1999), al obtener yo una beca para investigar sobre las memorias de la represión, mi madre me contó el porqué de su ausencia en la familia. En 2002, a la vez, era la primera vez que “su” familia publicaba uno de esos recordatorios. Entre esos años, investigué sobre la represión, leí testimonios de sobrevivientes y me relacioné con ellos sin hacer el puente entre el hueco en mi familia y esas historias.

El “tema de Hugo” puede ser dimensionado como un gigantesco silencio familiar que generó divisiones y enfrentamientos a los que yo llegué tarde. En su momento, que mi abuelo no se hablara con uno de sus hermanos (padre de Hugo) no llamaba mi atención de chico: era una cosa de grandes –y así era explicado– que no tenía por qué arruinar un festejo familiar. Durante años, siendo un niño, jugué con sus hijos, Lucía y Luis, a quienes veía una o dos veces por año porque vivían en Ramallo (Norte de la provincia de Buenos Aires). Jamás me pregunté –ni pregunté a nadie– por qué no tenían papá, y ellos no lo mencionaban tampoco.

Su “parte” de la familia nunca había publicado unos recordatorios, al menos desde que yo comencé a prestar atención a la fecha a partir de la revelación de mi mamá.

Lo cierto es que en 1999 incorporé lo que mi madre me contó como un dato más a mi pasado. La mañana de 2002 en que me encontré el recordatorio en el diario, repuesto de la sorpresa creí ver en el hallazgo la forma de

problematizar cuestiones que me interesaban hacía tiempo: mi subjetividad como investigador, y las memorias de aquellos sectores sociales que no se consideraron afectados por la dictadura militar, que aprobaron lo que se hizo, que lo ignoraron, o que no lo vieron. Más ampliamente, que lo incorporaron en una forma distinta al discurso actualmente dominante acerca del período del terrorismo de Estado.

(La) Curiosidad (mató al gato)

De los párrafos anteriores se deduce que lo primero que hice fue traducir “profesionalmente” el impacto emocional del reencuentro con Hugo. Rápidamente delineé algunos ejes de trabajo para explorar el silencio ante la dictadura a partir de la historia familiar. Pero bien pronto iba a encontrar algunas dificultades en esta tarea.

Al principio avancé velozmente. Por mis contactos, y gracias a las habilidades desarrolladas durante mi trabajo como entrevistador, a los veinte días de la publicación de recordatorio ya había averiguado gran cantidad de cosas sobre Hugo. Inicialmente, incluí estas indagaciones personales en el contexto de mi trabajo para el archivo oral, que consistía precisamente en contactar entrevistados y recabar datos para realizar posteriormente las entrevistas.

Pude ubicar a algunos de los antiguos compañeros de militancia de Hugo y saber que su nombre de guerra era “Lorenzo”. Inclusive estuve con quienes compartieron su cautiverio en la Escuela de Mecánica de la Armada. Supe que el nivel de responsabilidad de “Lorenzo” en Montoneros había sido importante, y hasta pude establecer algunas acciones en las que participó, entre ellas, con bastante certeza, un asesinato político resonante en el año 1973. la fecha de su desaparición, por otra parte, es uno de los “hitos” en la historia de los Montoneros y la ESMA: fue el día de las citas nacionales, el 20 de octubre de 1976, un día en el que la organización haría sus contactos de nivel federal en todo el país. Los grupos de tareas de la ESMA obtuvieron ese dato bajo tormento, y organizaron una gigantesca cacería.³

³ En Avenida La Plata e Inclán, “Lorenzo” fue secuestrado.

En el verano de 2003 conocí a la mujer de “Lorenzo”, “Rosita” y a sus dos hijos. La expresión no es exacta, ya que con ellos había jugado muchas veces hacía años, como ya conté. Pero llegué a estas tres personas desde el lugar del historiador. Este me dio una gran comodidad para hablar con “Rosita”: mi experiencia como investigador me permitía ensayar modos de aproximación y confianza que favorecieron el vínculo. Conocía algunos aspectos de su historia personal como si hubiera sido un contemporáneo. Ella también había estado secuestrada en la ESMA, aproximadamente seis meses después de la desaparición de “Lorenzo”, cuando sus dos hijos eran muy pequeños. Inclusive, una de mis compañeras de trabajo había compartido el cautiverio con “Rosita”, y fue gracias a su ayuda que hice el primer contacto por mail.

Una demanda concreta salió de ese (re) encuentro: que yo les haría saber todo aquello que pudiera averiguar. Pero esta fue una promesa más fácil de formular y prometer honrar que de cumplir efectivamente.

Mientras tanto, la figura del primo de mi mamá iba experimentando cambios que me sorprendían: la imagen de la víctima, por ejemplo, debía ser redimensionada incorporando el dato de su participación en hechos de violencia, muy posiblemente en episodios que habían implicado la muerte de otra persona. El descubrimiento personal acompañó y se alimentó de discusiones que se vienen dando hace unos años, fundamentalmente en torno a la identidad política de los desaparecidos y la violencia armada de los años setenta.

En ese proceso, mi lugar profesional también experimentaba cambios: si para el archivo una premisa fundamental era aportar elementos para la explicación y la comprensión de un proceso –y esta certeza era un reaseguro profesional frente al dramatismo de algunas historias que debíamos escuchar para que fueran registradas–, la búsqueda de la verdad acerca de lo que había pasado con Hugo cuestionaba este lugar de intervención. No estoy planteando que ambas voluntades sean antagónicas, pero sí que generan preguntas diferentes, que a la vez producen actitudes metodológicas (la forma y el tipo de preguntas) distintas y en muchos casos divergentes.

Uno de los motores que guiaba el trabajo de los entrevistadores del

archivo de Memoria Abierta era el de tener presente la necesidad de producir testimonios lo más completos posibles, pero a la vez respetar el silencio de los que no quieren hablar. Esto hacía a la integridad tanto del testimoniante como del historiador. De este modo, por ejemplo, los relatos acerca de la tortura sólo eran parte de una entrevista en forma explícita mediante un sistema de preguntas que daba al entrevistado la iniciativa a la hora de habilitar o no el tema. Lo que se intentaba era no reproducir la situación de sometimiento, sino todo lo contrario: que la entrevista cumpliera de algún modo una función reparadora.

En el transcurso de mis averiguaciones sobre “Lorenzo”, precisamente, llegué a entrevistarme con quienes estuvieron muy cerca de él a continuación de sus interrogatorios bajo tortura. Toda mi habilidad y experiencia de historiador fueron puestas a prueba frente a personas condenadas socialmente como “colaboradores” de los militares. Pienso que el desarrollo de alguna capacidad profesional para sostener este tipo de situaciones es lo que me permitió a obtener datos que esta vez hacían a mi necesidad de saber en tanto pariente del desaparecido. Llegué a palpar lo que sostiene Cathy Caruth cuando señala que el verdadero conocimiento es aquel que se obtiene cuando uno conoce los límites del conocimiento.

La adquisición de esta certeza tuvo mucho de (auto) conocimiento como profesional. Porque efectivamente llegué a hablar con una de estas personas merced a todo un resguardo desde la metodología y la disciplina profesionales, y fue por ellas que sostuve una conversación (no grabé el encuentro) en el tono de otras entrevistas que había hecho, sin dejar que pesaran sensaciones contradictorias y rápidamente cambiantes: el dolor transformó la ira en pena por quien volvía a su pasado para mí. Actuaba como el historiador, pero está claro que no sólo eso era yo esa tarde en que escuché prácticamente las últimas horas de “Lorenzo”. Porque yo conocía los huecos en el relato desplegado ante mí, y el rostro cambiante como un rompecabezas de emociones me señalaba los esfuerzos que la persona hacía por no explicitar lo que yo sabía por estar en el mismo momento cruzando sus palabras con otros testimonios: que esta persona había sido una de las que “definió” con su palabra que “Lorenzo” no viviera. La pena nació de ese saber que yo tenía: mi testigo estaba indefensa, sin saberlo, frente a mí. Y a la vez, si yo

hubiera explicitado ese saber, la verdad que como familiar buscaba no hubiera sido posible.

Por otra parte, mi interés personal en saber sobre mi pariente generaba una gran cantidad de preguntas que estaban ausentes, en general, de los cuestionarios del archivo: eran preguntas que buscaban reconstruir a la persona antes que al actor histórico, eran preguntas sobre *Hugo Luis Onofri* antes que sobre una *víctima del terrorismo de Estado en la ESMA*. Aunque queda claro que son lo mismo, el matiz era claramente visible en el tipo de preguntas.

Los datos y relatos que yo iba incorporando y reuniendo introdujeron una nota compleja en la relación con “Rosita” y mis primos, los hijos de Hugo. Si tenemos presente su demanda porque yo compartiera aquello que fuera averiguando con ellos, puede tomarse una idea de la dimensión que algunas de las averiguaciones que yo hacía daban a un pedido de ese tipo. En muchas ocasiones, sobre todo en el caso del hijo menor de Hugo, se plantearon preguntas que no pudieron hacerle a su madre. Y la perplejidad y la angustia frente a encontrar el límite para responderlas, hasta dónde contar, qué parte de la historia de su padre estaba yo habilitado a contarles, pone blanco sobre negro el impacto a veces terrible que nuestra investigación tiene sobre los sujetos, las contradicciones entre la búsqueda de explicación histórica y las narrativas personales, esta vez en seres queridos, y no meros testigos. ¿Hasta dónde seguir? Vivir en carne propia estas contradicciones a través de una historia devenida en personal realza la idea que siempre tuve consistente en que a veces perdemos las dimensiones de las consecuencias sociales e individuales de nuestro trabajo, tanto sobre nosotros como sobre los actores.

¿Son contradictorias la Historia y las emociones?

Con mi perplejidad frente al lugar en el que ponerme frente a mi pasado –que a la vez era el pasado social elegido como objeto más amplio de mi interés profesional– se produjo un fenómeno interesante: actué tanto las dificultades sociales para aprehender un pasado controversial como las dificultades que algunos historiadores encuentran para reconocer su discipli-

na en relación con el presente.

Desde el sentido común de numerosos historiadores acerca de la práctica profesional, la expresión “historia oral y emociones” debería ser entendida como un oxímoron. Entre los historiadores, un cierto neopositivismo que tiene mucho de autoexculpatorio frente a la responsabilidad social de los investigadores parecería hallar en el resguardo del método y la crítica de los pares el antídoto contra las desviaciones inducidas por las segundas sobre la primera.

La noción de historia reciente ya pone en cuestión esta defensa corporativa, acaso desde un punto de vista antes ideológico que epistemológico. Dentro del terreno de la historia del tiempo presente, y más ampliamente, de la historia contemporánea, la historia oral fuerza al límite las relaciones entre la práctica profesional y la propia subjetividad. Quisiera llamar la atención sobre la idea de que aunque existen numerosos trabajos que se ocupan de estos temas, en general lo han hecho mucho más desde el punto de vista de las preocupaciones ideológicas de los entrevistadores –y del cuidado por sus entrevistados– que desde el punto de vista de sus sentimientos.

Dos preguntas aparecen como centrales: ¿Qué papel desempeñan las emociones en nuestro trabajo como historiadores con fuentes orales? ¿Qué consecuencias epistemológicas derivan de esta relación?

La historia personal que aquí resumí ha influido en mi trabajo desde que comenzó a desenvolverse conscientemente. Pensar en las entrevistas acerca de situaciones límites desde esta experiencia asigna una nueva dimensión a las emociones. El tránsito doloroso de este descubrimiento me ha obligado a revisar mis preguntas y supuestos, abriendo una nueva dimensión analítica a mi trabajo, aquella que lleva a revisar el papel que juegan las emociones no sólo en las respuestas y en la inquietud temática, sino sobre todo en las preguntas del historiador.

Tener en cuenta estas cuestiones otorga una nueva dimensión a las discusiones acerca de la *autoridad* y la *autoría* en los testimonios. Las fronteras entre la disciplina y su circulación social aumenta en porosidad. La vieja pregunta de Michael Frisch (1990) sigue vigente:

What is the relation between interviewer and subject in the generating of such histories –who is responsible for them and where is interpretative authority located? How are we to understand interpretations that are, essentially, collaboratively produced in an interview, whether the relationship is one of cooperation or tension? How can this collaboration be represented, and how, more commonly, is it usually mystified and obscured, and to that effect?

¿Desde dónde preguntaba cuando preguntaba por “Lorenzo”? ¿Para quién o quiénes preguntaba? Al reflotar esta pregunta creo que estoy respondiendo a la perplejidad profesional que señalaba: más que negar el vínculo entre historia y presente, y entre el quehacer del historiador y sus emociones, el desafío consiste en la construcción de legitimidad epistemológica y social a partir del reconocimiento de que estas fronteras son difusas.

Reflexionar sobre las emociones, reflexionar sobre la política de la práctica

¿Para qué preguntaba? ¿Para qué preguntamos? Quisiera retomar algunas de las reflexiones iniciales. Como señalé, en un primer momento el silencio familiar acerca de Hugo se me apareció como una posibilidad de exploración temática y metodológica. Pues si uno de nuestros objetivos es el de lograr establecer que la dictadura militar fue un intento de reestructuración de la sociedad (aunque focalizó la represión más cruenta en algunos de sus sectores), a partir de problematizar casos como el de mi familia, pensé, podríamos incorporar nuevos actores sociales a la narrativa acerca de la dictadura, analizando los matices de una gran variedad de respuestas posibles a esa coyuntura histórica, desde la indiferencia, pasando por la negación, para llegar al beneplácito y la agencia, por ejemplo, en la mesa de torturas.

El silencio familiar que me propuse analizar, entonces, podía ser una forma de encontrar herramientas analíticas que permitieran dar cuenta de la experiencia de actores aludidos en los estudios sobre la represión (ya desde la condena, ya implicados, por ejemplo, en estudios acerca de los

medios durante la dictadura, en tanto “público”) pero escasamente tomados como objeto.⁴

Al mismo tiempo, este sector debe ser analizado teniendo en cuenta lo siguiente: en tanto “zona gris”, por no considerarse afectados o posibles blancos de la represión, recibieron en forma alternada fundamentalmente dos discursos: durante el período dictatorial (1976-1983) uno fuertemente condenatorio “a la subversión”, que definía claramente acerca de qué lado estar y advertía acerca de los riesgos de cruzar una barrera que separaba lo social y políticamente aceptable de aquello que amenazaba las razones mismas de ser de la sociedad. Pero luego de iniciado el gobierno democrático, el discurso cambió, poniendo el énfasis sobre las violaciones a los derechos humanos y condenando a cómplices y ejecutores. Este discurso, sostenido inicialmente por los organismos de derechos humanos y actualmente dominante, no dejó espacios para la inserción de las experiencias de los “testigos”, que podían ser vistos en una gama que iba desde indiferentes hasta cómplices.

Un objeto analítico, entonces, debe ser el de ver cómo recuerdan los “testigos” la violencia de los años dictatoriales, qué piensan sobre las víctimas y los victimarios, y sobre su propia cotidianeidad durante la dictadura. Discurso difícil de recortar, puesto que, como señalé, la visión actualmente dominante en el espacio público es la de condena al régimen militar y su accionar. Entonces, ¿qué condicionamientos pone esto a la hora de recoger respuestas sobre los puntos anteriores?

Por otra parte, si nos atenemos a la definición de terrorismo de Estado, mi objetivo político es precisamente el de romper la noción de que la represión “sólo afectó a los afectados”. Paradójicamente, en este recorte social confluyeron tanto la propaganda dictatorial como el discurso de los organismos por lo menos hasta la década del noventa. En un primer momento,

⁴ Esa escasez de estudios pueden deberse a dos cuestiones. En primer lugar, la dificultad de delimitar un objeto: ¿cómo se pregunta sobre la represión a alguien que no se consideró afectado por ella? O, desde el punto de vista inverso, ¿hasta dónde pesarán en sus respuestas el saberse “condenados” por una visión dominante sobre el período? Luego, en segundo lugar, la matriz cultural desde la que parten/ partimos los investigadores.

como una forma de señalar “al enemigo”, pero luego invirtiendo ese discurso, como una forma de legitimar las voces para relatar el pasado.

Cuando investigamos el período lo hacemos desde una cierta empatía con el objeto, sin hablar de la que uno pueda sentir ante la situación humana de la pérdida y el dolor. Es más difícil acercarse a objetos ya no distantes o “extraños”, sino que criticamos moral o políticamente. Frente a un discurso acerca de la dictadura concentrado en las familias de las víctimas (ahora más abierto a la militancia política) en soledad frente al aparato represivo, ¿cómo se construyen los relatos acerca de y desde aquellos “no afectados”?

Mi familia, queda claro, perteneció a esa clasificación. Puedo afirmar que esto no es dicho desde una posición culposa, pero sí con el interés de construir –y responder– una cuestión analítica. Me parece que uno de los verdaderos problemas que enfrentamos quienes trabajamos con el período es precisamente el de estos casos, y en consecuencia me pregunto hasta qué punto es útil movernos con un criterio de “otredad” muy absoluto.

Pero para quienes trabajamos con temas relacionados con la historia reciente, entran toda una serie de condicionamientos para nada menores a la hora de plantarse frente a un auditorio, ante los colegas, y en relación con el discurso dominante en los distintos ámbitos en los que nos desenvolvemos. En cuestiones relativas al terrorismo de estado, los setenta y las organizaciones armadas, es posible señalar una serie de tópicos sobre las que hay algunos acuerdos, a veces más o menos tácitos. Sin que suene peyorativa la expresión, la preocupación por el tema de la represión y los derechos humanos aparece actualmente como “políticamente correcta”. Existe hoy un discurso dominante en general condenatorio a los crímenes de la dictadura militar y de la violencia y revalorizador de la democracia (cada vez más autocrítico) y de los derechos humanos. No creo estar señalando nada novedoso si digo que en general los investigadores nos movemos bajo ese paraguas de temas y objetos, sobre todo porque ideológicamente compartimos muchos de los valores que nuestros objetos implican, o respetamos la lucha de aquellos a quienes, en mi caso, entrevistamos.

Un gran esfuerzo científico debería ser el de explicitar, en el caso de los estudios relacionados con el terrorismo de Estado y las desapariciones, el

grado en que se han venido construyendo desde una visión normativa y a partir de una escala de valores más o menos implícita en los objetos y metodologías. Espero que quede claro que al plantear esto mi intención no es ni relativista (en el sentido de negar las dimensiones de la tragedia, ni sus consecuencias políticas ni morales) ni revisionista (en el sentido historiográfico “argentino” del término y específicamente cuestionando la visión hegemónica que mencioné antes, por ejemplo, desde un hipotético “punto de vista militar”).

En relación con la zona de los “no afectados”, pienso que no hay categorías analíticas que permitan un abordaje sobre un universo clave desde el punto de vista científico y político, ya que sin él toda la entera trama de la dictadura (como proyecto remodelador de los lazos sociales) se hace ininteligible (o sólo explicable a partir de respuestas tan canónicas como simplificadoras). La falta de estas categorías debe ser también parte de cualquier investigación que se plantee este objeto: ¿o acaso la práctica historiográfica quedó al margen de las consecuencias del terrorismo de estado? Las formas que asumió –sinuosas a veces, obstruccionistas otras, “ciegas” a los efectos de sentido sobre su propia discursividad que tomaba como herencia de un campo cultural reconfigurado por el terror– también delatan en la misma práctica historiográfica las inscripciones de esa “remodelación del lazo social”.

La imbricación entre lo subjetivo y lo profesional puesta sobre el tapete requiere de un paso simultáneo: definir la práctica historiográfica en relación a los objetivos políticos que uno pretende, haciéndolos explícitos. La empatía que señalo no surge “naturalmente”: es producto de la subjetividad del investigador, que se funda en la fraternidad (o sea en la solidaridad para la generación de un vínculo humano en el que ya no perviva una dimensión aniquilante del otro). Esa fraternidad ya es parte necesaria de una práctica historiográfica que quiera construir un conocimiento verdadero, y a la vez puede responder a una identificación política.⁵

⁵ A fuerza de ser sincero, en todo este proceso el averiguar acerca de la identidad peronista de “Lorenzo” ha reforzado esta fraternidad y ha influido en mi voluntad por saber más acerca de él. No puedo hablar de orgullo, pero sí de satisfacción por su militancia desde

¿Es posible diferenciar, desde las emociones, entre conocimiento verdadero y verdad? Respondo con una pregunta: ¿qué verdad es la que queremos recuperar de las garras exterminadoras tanto de la represión como de versiones de la historia y la ciencia que no compartimos, y que buscamos combatir?

En las preguntas hacia el pasado reciente se ponen en juego diversas legitimidades: la del investigador, la del sobreviviente, la del deudo, la del testigo, pero sobre todo, las de las generaciones futuras para intervenir en el pasado. Cuando le conté a mi coordinadora en el archivo acerca de “Lorenzo”, me dijo en broma: “ahora ya sos uno de los nuestros”, pues ella misma es sobreviviente de un campo, es decir, una “afectada”. Pero aunque dicha en tono de gracia, la frase refleja lo complejo de acercarse a este pasado reciente.

Debo decir que yo no me considero un afectado, al menos entendiendo por tal a quienes a partir de su condición de víctimas han desplegado una actividad política o social. No he construido mi identidad social en base a esa condición, sino todo lo contrario: como historiador profesional he vivido las tensiones derivadas de la convivencia entre la lógica del investigador y la del afectado en el trabajo de construcción de un archivo, lo que a veces es muy poco grato.

Pero esa ambigüedad revela la complejidad del problema. Pues si bien al principio de este texto enuncié que mi primera respuesta al (re)descubrimiento de “Lorenzo” había sido formular un plan de trabajo, este es aun sólo eso. No he podido avanzar en su concreción. Y aunque esto puede ser atribuido también a mis otras ocupaciones, sin duda un componente importante en la parálisis se debe a las dificultades para diseñar una forma profesional de aproximarme a ese caso concreto.

¿De qué modo entran las emociones a la hora de diseñar nuestros acercamientos hacia el pasado? Desde un punto de vista metodológico antes que meramente psicológico, este ítem debería ser un componente im-

una identidad política que comparto. Al mismo tiempo, esta identidad ha sido un elemento importante a la hora de que numerosos testigos abrieran sus recuerdos para mí.

portante en nuestras reflexiones.

Al momento actual de mis reflexiones –y sensaciones, pienso que existe un punto de incompatibilidad entre un proyecto explicativo que racionalice el horror y las demandas de verdad de los individuos originadas en necesidades personales. Es decir, que no existe una traducción ni literal ni lineal entre una necesidad existencia de saber y una voluntad analítica de explicación. Esto no deviene sólo de la diferencia en los puntos de partida o entre los actores (en este caso que describí, el actor soy yo en ambos roles), sino en un punto donde acaso el conocimiento sea llegar a la certeza de la imposibilidad de alcanzarlo:

It is enough to formulate the question in simplistic terms –Why have the Jews been killed?– for the question to reveal right away its obscenity. There is an absolute obscenity in the very project of understanding. Not to understand was my iron law during all the eleven years of the production of *Shoah*. I clung to this refusal of understanding as the only possible ethical and at the same time the only possible operative attitude. This blindness was for me the vital condition of creation. Blindness has to be understood here as the purest mode of looking, of the gaze, the only way to not turn away from a reality which is literally blinding...

“Hier ist kein Warum”: Primo Levi narrates how the word “Auschwitz” was taught to him by an SS guard: “Here there is no why”. Primo Levi was abruptly told upon his arrival at the camp. This law is equally valid for whoever undertakes the responsibility of such a transmission (...) Because the act of transmitting is the only thing that matters, and no intelligibility, that is to say no true knowledge, preexists the process of transmission. (Claude Lanzmann, 1995: 204).

Acaso la tensión entre *saber* y *entender* sea, en su límite, un antagonismo insalvable. Pero hasta que dilucidemos ese punto, reflexionar sobre las emociones que alimentan las intenciones que llevan a la búsqueda de am-

Estos resultados permiten ajustar nuestras herramientas metodológicas y conceptuales. Si lo que nos alimenta es la voluntad de preservar al otro aun a costa de alcanzar una verdad, no es poco hacerse estas preguntas, que llevan además al resguardo de la propia persona. Pues lo que predomina como una constante en la realización de entrevistas acerca de situaciones límite sigue siendo la sensación de dolor permanente, de herida abierta, aunque interrumpida por momentos de placer, temor, sorpresa, felicidad, y orgullo.

Bibliografía

- Frisch, Michael (1990): *A Shared Authority. Essays on the Craft and Meaning of Oral and Public History*. Albany, State University of New York, XX.
- Lanzmann, Claude (1995): "The Obscenity of Understanding", en Cathy Caruth (Ed.): *Trauma. Explorations in memory*. Baltimore, the John Hopkins University Press, p. 204.